

La conspiración

Glarius, desde la cima de una colina, llevó la mano a su frente y oteó el horizonte con intención de encontrar alguna señal de las tropas egipcias.

-Que Júpiter nos asista. -Se dijo.

Un soldado de la falange subió a la colina.

-¿Centurión?

-¿Qué quieres, Claudio?-dijo Glarius al volverse.

-Traigo noticias del general Cneo. Debéis volver inmediatamente a la llanura de Ozaar. Los egipcios han sido avistados por los exploradores y se dirigen hacia aquí.

Los dos guerreros descendieron de la loma y se dirigieron al campamento romano. El ejército había recogido las tiendas y estaba armándose. El soldado, por orden de Glarius, se dirigió a unirse con el resto de la falange. Éste, por su parte, continuó el camino hacia la tienda del general, la cuál ya había sido recogida.

-Ave, General-saludó el centurión a su superior.

-Ave, Glarius-contestó éste seriamente.-¿Has recibido mis noticias?

-Así es, mi general, de lo contrario no estaría aquí. Sin embargo, no se me ha informado de la situación.

-Los bárbaros egipcios nos invaden por el oeste. La victoria no será fácil, la zona de batalla sí juega en nuestra contra ya que hacia oriente el terreno es una enorme elevación-dijo mientras señalaba con el dedo hacia el este, a una pendiente que llegaba desde arriba y que se extendía en línea recta durante un kilómetro a lo ancho.-luego está el Sol, que pegará en nuestras cabezas. Todo lo contrario que los egipcios, quienes lo tendrán a su favor.

-Son malas noticias, sin duda alguna.

-Temo perder esta batalla, Glarius. Jamás me han derrotado, pese a ello me estoy haciendo viejo. Sin embargo tenemos una gran baza.

-¿Cuál?

-Tú.

El centurión se quedó desconcertado. ¿Qué quería decir el general Cneo?

¿Cómo decís?-preguntó.

-Conozco tus facultades, Glarius. Desde que te embarcaste en esta campaña contra los egipcios bajo mi mando, he visto cómo lideras a tus hombres y los resultados de tus estrategias. Apenas has perdido soldados a pesar de ser los más vulnerables. Sin duda alguna, eres un estratega excelente.

-¿A qué punto queréis llegar?-por supuesto, él ya se lo imaginaba.

-Quiero que tomes el mando en esta batalla.

Era la respuesta que esperaba. Sin embargo, le costaría aceptarla. No le gustaba demasiado las grandes responsabilidades. Con ser centurión ya tenía suficiente, pero ¿general del ejército?, era demasiado para él. Pese a ello, sabía que no podría discutir con el general.

-¿Cómo?-Dijo éste, fingiendo sorpresa.

-No finjas desconcierto, Glarius. Se que te lo figurabas de antemano. Además, no te preocupes por que justificarte mis decisiones. Si no aceptas por tu propia voluntad, seré yo quien te lo ordene.

La respuesta del general era tajante. No podía discutirse una orden, pero de todas formas, Glarius se mantenía reacio a aceptarla.

-Si yo ocupo vuestro puesto, ¿no estaréis vos cometiendo el delito de omisión a vuestras cargas?-dijo.

-Míralo de esta manera, Glarius. Si tú no acatas mis órdenes estarás cometiendo el más grave delito de insubordinación.

El general Cneo había respondido inteligentemente. No obstante, Glarius solo podía decir una cosa:

-Hagáis lo que hagáis, no desayudéis –dijo-.Tengo una contienda que preparar.

-¿A cuánto tiempo de distancia se encuentra el enemigo, Calosius?-Preguntó Glarius al capitán de los exploradores del este.

-Mañana al alba sus estandartes ondearán en la cima de esa elevación.

-Estás seguro de que se dirigen hacia aquí?

-Totalmente, estuvimos hostigándoles durante dos días. escuchamos muchas de sus conversaciones y por lo que yo y mis hombres conocemos de su idioma, sabemos que han descubierto nuestra marcha hacia Abydos y que han sido enviados con la intención de eliminarlos.

-¿Son muchos, entonces?

-Eso es lo que me sorprendió. son buenas tropas, sin duda alguna, hombres hechos únicamente para la batalla. Pero no son muchos, de hecho, son muy inferiores en número a nosotros.

-Supongo que les han engañado. Lo que el faraón Ptolomeo querrá será retener nuestra marcha y debilitarnos para congregarse un ejército muchísimo más superior al nuestro en la ciudad de Abydos. Calosius, ¿se sabe quién es el general?

-No lo conozco, pero sé su nombre: Hekatef... el imperecedero. Por su apodo debe ser alguien de temer.

De repente, a la memoria de Glarius llegaron recuerdos y el miedo le invadió.

-Es de temer.

-¿Le conocéis?

-Fue hace mucho tiempo, cuando no era más que un infante. Estábamos conquistando parte este del delta del Nilo. Nada detenía nuestro avance. De repente, un día encontramos un ejército, o mejor dicho, ellos nos encontraron. Eran muy inferiores en número y sin embargo que pretendía ser una batalla se transformó en una carnicería. Solo sobrevivimos yo y el general Cneo, centurión de mi regimiento por aquél entonces.-De repente, su mente se le aclaró.-¿Sabe Cneo que el general enemigo es Hekatef el imperecedero?

-Le he informado de ello esta mañana.

-¡Claro!, ¡por eso se ha desentendido de la batalla!

-Es lógico.

-Si, sin duda.-resopló- Increíble. En fin, ¿de qué está compuesto su ejército?

-Básicamente de carros. También tienen arqueros nubios y guardianes del Nilo.

-A los arqueros los mantendrán sobre la elevación con la intención de debilitar a los carros. Mientras, los guardianes del Nilo nos atacarán cuerpo a cuerpo, justo después de la carga de los carros. Los carros... sin duda nuestro momento de mayores bajas.

-¿Queréis algo más de mis servicios?

-Solo una cosa más. ¿qué hay de la compañía de exploradores que partieron hacia el oeste hace dos semanas? Ya deberían haber vuelto.

-Nada se sabe de ellos, mi señor.

Una sombra oscureció el corazón de Glarius. Era un mal presentimiento.

-¿Nada?

-No, señor. Es como si hubieran desaparecido, como si la tierra se los hubiese tragado.

-Es todo por ahora, Calosius. Puedes retirarte. Avisa a Diocleciano, el ingeniero. Tenemos que preparar algunas trampas en el terreno.

-Como ordenéis.

Glarius permaneció pensativo, mirando hacia el oeste. A unos doscientos metros había otra elevación, como la del este de la llanura, solo que menos alta e inclinada. Nada podía hacer con respecto a los exploradores desaparecidos, solo llevaban un día de retraso, pero de alguna manera le inquietaba. Su capitán jamás llegaba tarde de una exploración cercana, sino al contrario. Podía tratarse de una trampa del enemigo. Otras tropas que atacarían por la retaguardia podrían haberlos matado. Pero, si podían haber descubierto y matado a los exploradores del oeste, ¿no habrían podido haberlo hecho con la misma facilidad los hombres de Hekatef?

El alba había llegado. El ejército de Glarius se encontraba esperando y formándose. El falange se encontraba, como era de esperar, en primera fila. Sin embargo no llevaban sus piques y iban armados únicamente con una espada de mano y un escudo reglamentario. Las piques estaban enterradas en el suelo bajo una fina capa de arena. Todo formaba parte de un plan de Glarius: Había supuesto que los carros no les cargarían al ver a los piqueros, pues eso sería su fin.

Pese a ésta y a muchas otras trampas, Glarius estaba nervioso. Jamás había liderado un ejército en pleno durante toda una batalla. Esto, junto al miedo que sentía hacia Hekatef por la huella que dejó en su pasado, hacían que tuviera terror. Un pánico como nunca lo había sentido.

Glarius se abofeteó y se obligó a conservar la calma. Durante las próximas horas su vida y la de cientos de personas se encontrarían en su mano. Cuando el ejército estuvo listo se limitaron a esperar.

El sol ya daba en los rostros romanos cuando un estandarte tapó sus rayos. Ese estandarte, sobre la elevación este, iba acompañado de muchos otros. Cientos de carros egipcios aparecieron en el horizonte. Ente ellos, había un hombre montado sobre un caballo que daba órdenes a los guerreros. Debía de ser Hekatef el Imperecedero.

Con el sol detrás de ellos, los carros comenzaron su marcha bajando la pendiente seguidos de la infantería egipcia: los guardianes del Nilo. Los arqueros nubios permanecieron sobre ésta junto a Hekatef, quien, con su espada en lo alto, bajo el brazo.

Un enorme aluvión de flechas nubias cayó sobre los romanos.

-¡Protegeos!- gritó Glarius.

Mientras tanto, uno de los carros egipcios, mientras bajaban por la pendiente a toda velocidad, pisó una rodela de metal que había camuflada en el suelo. Una cuerda con espina elevó de la tierra y se tensó en el aire a la altura de un metro y medio. Decenas de carros fueron destruidos hasta que la cuerda se rompió. Unos destrozados otros con los caballos

muertos. Pese a ello, la carga enemiga continuó.

Glarius se felicitó por la trampa que él mismo había diseñado. La mitad de los carros habían sido eliminados sin mover un solo dedo.

Los arqueros romanos dispararon una andanada de saetas contra los arqueros nubiotes. Sin embargo, estaban demasiado lejos, por lo que ninguna de ellas alcanzó al enemigo.

Glarius maldijo por lo bajo. Pero tenía que encargarse de los carros. Ordenó una aluvión de flechas, esta vez contra éstos. Murieron los suficientes como para controlar su carga en el cuerpo a cuerpo.

Apenas quedaba distancia entre los carros y la falange. No quedaban más de veinte metros cuando Glarius gritó:

-¡Ahora!

Los guerreros de las cuatro primeras filas se agacharon, sacaron sus picas del suelo y las colocaron en posición “anticarga”. Los carros no se lo esperaban, e intentaron frenar, pero les dio tiempo ya que no estaban a más de dos metros de distancia.

Glarius observó complacido cómo las picas atravesaban carne humana y de caballo y cómo los carros se destrozaban entre ellos al tropezar.

Ordenó la retirada de la falange y dio paso a los legionarios y a los príncipes, para que estos combatieran a la infantería.

De repente oyó un cuerno por la retaguardia. Miró hacia el oeste. Al menos quinientos carros egipcios comenzaban una carga bajando desde la elevación occidental. Esa era la clave de por qué no habían regresado los exploradores del oeste. Pero Glarius ya lo había previsto, el número de los carros quedó reducido a cien cuando se sufrieron dos trampas. La de la cueva espinosa y otra en la que una grieta camuflada hizo que muchos carros tropezaran, quienes a su vez hicieron tropezar a otros. Además, los arqueros les llegaron a disparar dos andanadas.

Sin embargo, no había colocado picas camufladas bajo la arena en el lado oeste, así que la falange tuvo que llegar con las picas descubiertas. Pero, al verlas los carros, se dividieron en dos grupos, uno fue por el lado norte y el otro por el sur. Era lo que Glarius se había estado temiendo. Y ya estaba preparado contra eso. Varios legionarios se separaron del cuerpo a cuerpo por cada uno de los flancos. Lanzaron sus *pilum* contra los carros, hasta que los pocos que quedaban les alcanzaron. Mataron a muchos legionarios, pero después de la carga, un carro de guerra no sirve para nada, y fueron exterminados.

El cuerpo a cuerpo acabó pronto y con ello la batalla. Glarius alzó su espada y gritó:

-¡Nuestra es la victoria!, ¡Roma ha vencido!.

Y a ese grito le siguieron los del ejército en pleno.

Hekatef, que había huido junto a sus arqueros, acababa de perder el título de “imperecedero” y su puesto como lugarteniente del faraón. El ejército romano apenas había sufrido bajas. La batalla se había convertido en una masacre a favor de Roma y Glarius había vengado del general enemigo.

Era un día glorioso para Roma.

-¿Dónde está mi centurión de mayor rango? –dijo Cneo con una sonrisa mientras buscaba a Glarius entre la multitud.

-Aquí estoy, general. –respondió el centurión, quien salió a su encuentro y se dieron la mano. Glarius le dio unas cuantas palmadas en la espalda. Cneo se dio cuenta de que Glarius estaba enfurecido y se enfurecer en extremo.

-Excelente batalla, –dijo el general- tienes más aptitudes y más futuro en el ejército de lo que pensaba. ¿Puedo hablar contigo a solas un momento?

-Desde luego.

Los dos se fueron de la llanura y se trasladaron hasta la colina en la que hace veinticuatro horas Glarius había divisado el horizonte.

-Glarius, tengo que decirte algo.

-Comentádmelo, entonces.

-Glarius, ¿no te preguntas el por qué te he dejado al mando del ejército en pleno desarrollo de esta batalla?

-Por supuesto que sí. –En realidad, él ya lo sabía.

-Entonces, te lo diré. Te he puesto a prueba, Glarius. Quitá esa mirada de sorpresa y déjame terminar. –hizo una pausa, bufó y continuó. –Necesito que alguien ocupe mi puesto como general de los ejércitos del sur y he pensado en ti.

La respuesta desconcertó a Glarius. Había estado convencido de que el general no había sido combatido por cobardía con respecto al general enemigo. No sabía qué creer. Además, Cneius estaba ofreciendo el cargo de general. El más alto cargo en el ejército.

-No sé qué decir, señor. Seré sincero con vos; no es un puesto que me atraiga personalmente.

-¡Pero si es el cargo supremo en el ejército!

-Ya lo sé. Es sólo que aborrezco las grandes responsabilidades. Pensar en tener las vidas de centenares de personas dependiendo de mis decisiones me es desolador.

-Ya tienes responsabilidades de ese tipo, eres centurión. Tienes a toda la falange bajo tu mando y sus vidas bajo tus órdenes.

-No es lo mismo. Yo sólo tengo cien soldados bajo mi mando y me limito a organizar mis estrategias a expensas de lo que vos me ordenéis.

El general permaneció pensativo.

-Glarius, en verdad no sé cómo convencerte. Te explicaré la situación. Como tú sabes, el senado, al igual que con todas las expediciones de conquista, financia la campaña en Egipto. El senado conoce todos los movimientos de nuestra empresa y al parecen estar contentos.

-¿Qué tiene que ver que el senado esté contento con nosotros con que vos os retiréis? quiero decir, ¿no debería ser al revés?

-No. Lo que ocurre es que tengo cierta amistad con Julio César.

-¿Julio César?, ¿El dictador?

-Ya no es dictador. Fue proclamado cónsul de primer grado el año pasado. El cargo que ostenta a un cargo superior.

-¿Superior a cónsul?, ¿es que existe eso en Roma?; quiero decir, para eso sería necesario ser rey, y precisamente el senado hace la misma función, con la diferencia de que el rey es elegido por los dioses y el senado por el pueblo.

-Tienes razón. Jamás lo aceptarían. Pero no es rey el título al que aspira Julio.

-Ah, empezaba a asustarme.

-Quiere el título de emperador.

-¿Cómo?, ¡Pero eso acabaría con el sistema republicano adoptado por los griegos!

-Exacto. El senado jamás lo aceptaría, apenas le dejaría con poder. Sin embargo...

posee. Tiene el poder absoluto sobre todos los ejércitos de Roma. Además de cónsul, asume la potestad de un tribuno y un censor. Además, él mismo elige a la mitad del senado, y ahí es donde entro yo.

-Según me habéis dicho, tiene prácticamente todo el poder de Roma en sus manos. Si yo quisiera, le bastaría que la gente le llamara *imperator* para quitar el “prácticamente”. Pero no entiendo cómo funciona vuestro juego.

-Es muy sencillo. El senado se opondrá a que él ejerza el poder absoluto, al menos por un tiempo de él. Como ya te he explicado, Julio elige la mitad del senado. Elegirá personas de su plena confianza, para que éstos voten a su favor. De esta manera será emperador sin que haya derramamiento de sangre, de lo contrario estallaría otra guerra civil. Cuando digo que yo entro en el juego, es porque Julio César me ha proporcionado un puesto en el senado. Como comprenderás, si me hago senador otro general tendrá que reemplazarme, y quiero que seas alguien seas tú.

Glarius permaneció pensativo. Conforme había estado hablando se le había ido quitando parte del miedo a ser general.

-¿Sabe Julio algo de vuestro plan?

-No. De hecho, tendría que presentarte ante él y establecer una conversación con él y con todos. No puedes ser ascendido sin su consentimiento. Pero no te preocupes, le he hablado bastante bien de ti y creo que accederá.

-A propósito, ¿de qué os conocéis?, quiero decir, aparte de que seáis el general de los ejércitos del sur.

-Luché bajo su mando en la guerra de las Galias y fui uno de sus hombres de confianza durante el sitio de Alesia.

-Una pregunta más, ¿por qué tanto interés en que yo sea el general del sur?

-No es por dinero, si es lo que crees. Normalmente esta cuestión me traería sin cuidado, pero sin embargo he pasado los mejores años de mi vida en estas tierras, y no me gustaría que el mando del ejército que las va a conquistar cayera en malas manos.

Hubo una pausa durante la cuál Glarius estuvo meditando.

-Supongamos que acepto el cargo. –dijo al fin- ¿Cuándo partiríamos?

-Mañana mismo.

Roma; capital del mundo antiguo. Cuna, junto con Grecia, de las posteriores civilizaciones grecolatinas. La ciudad eterna.

-¿Nervioso, Glarius?- preguntó el general Cneo mientras se dirigían a la entrada del palacio imperial.

-Claro que sí. Estoy a punto de hablar cara a cara con el primer cónsul. Sin embargo, vosotros no lo parecéis.

-Soy el general de los ejércitos del sur, ¿recuerdas? Yo y César nos conocemos bastante. Ahora sí, cuando estés frente a él, compórtate con respeto, procura no llevarlo a la contraria bajo ninguna circunstancia y más que hablar, límitate a escuchar.

-Lo tendré en cuenta, ¿alguna cosa más?

-Sí. Cuando estés frente a él, debes llamarle emperador.

-¡Pero si ese es el título que ostenta!, ¡todavía no es emperador!

-Hazme caso, Glarius. Si quieres que te tenga aprecio, haz lo que te digo.

El centurión bufó y meditó unos segundos, tras los cuales dijo cansinamente:

-Sí, mi general.

Dos guardias franqueaban el portón.

-¡Alto!, ¿quiénes sois? –preguntó uno de ellos.

-Venimos a ver al emperador. Yo soy Cneo Julio Arantus, general de los ejércitos de las tierras del sur, y él es Glarius Delomium, uno de mis centuriones.

-Perdonad mi impertinencia. El emperador os está esperando desde hace varios días. Podéis pasar.

Los guardias abrieron la puerta y el general y Glarius la cruzaron.

Entraron en una sala medianamente grande, de forma rectangular y extendida a lo largo. Había numerosas esculturas. Sus paredes estaban decoradas con pinturas, lo mismo que el techo de medio punto que se cernía sobre ellos. Había numerosas puertas, pero al final estaba la más grande. Fue allí a donde se dirigieron.

-¡Fíjate, Glarius! –exclamó el general al tiempo que señalaba la estatua de un hombre calvo ataviado con una armadura- Es Publio Cornelio Escipión. Doblegó a los cartagineses en sus propias tierras. Siempre fue mi ídolo, pese al error garrafal que cometió al derrotar a Aníbal en la llanura de Zama, en Cartago.

-¿Cuál fue?

-Le perdonó la vida.

Durante el resto del camino que quedaba hasta la puerta ninguno de los dos guerreros dijo nada. Glarius contemplaba las pinturas, mosaicos y el techo semicilíndrico, en tanto que el general observaba las esculturas.

Al fin llegaron al otro extremo de la sala. Otros dos guardias, que vigilaban el acceso, abrieron la puerta sin decir ni preguntar nada.

Los dos guerreros entraron en un recinto mucho más grande que el anterior. De forma circular, sus paredes estaban tapadas por cortinas rojas, excepto en los pilares, que mantenían los soportes para las antorchas que al anochecer se encenderían. Un techo abovedado, desnudo y de color blanco, asombró a Glarius. El suelo, hecho de granito y mármol pulidos, reflejaba la silueta.

Al otro extremo de la estancia se hallaba un pedestal sobre el que se apoyaba un trono en el que detrás colgaba un estandarte rojo con el águila imperial y la marca de la legión S.P.Q.R. (*Senatus Populus-Que Romanus*). En dicho trono estaba sentado un hombre de pelo canoso, con calva, de un rostro parecido al del general, vestido con una túnica blanca y una corona de laureles en la cabeza. Alrededor de la estancia, y también del trono, se encontraba la guardia pretoriana, la élite del ejército romano.

El hombre estaba hablando con otros cuatro, dos vestidos también de blanco y los otros dos con armadura.

-No añadiré más- Oyó decir Glarius a César.

Al fin puso su atención en ellos.

-¡Ave, imperator!- exclamaron Glarius y Cneo al unísono, al tiempo que llevaban el puño cerrado al pecho y luego lo alzaban al aire.

-¡Ave, Cneo- saludó César al tiempo que enseñaba su palma, cansinamente.- ¿Te esperaba desde hace una semana. Por cierto, quién es el fornido guerrero que te acompaña?

-Éste es Glarius, mi centurión de mayor confianza. Él me acompaña en las batallas.

Contestó el general con una reverencia.

Glarius también se inclinó.

-Mis respetos, emperador.

César asintió con la cabeza.

-Os presento a los senadores Publio y Mario- Dijo mientras señalaba a los hombres con la túnica, quienes se inclinaron.- a Marco Antonio y a mi sobrino Bruto.

Se dieron las muñecas, tal y como hacían los camaradas de guerra.

-Éstos ya se iban- Dijo César.

Los cuatro hombres hicieron una reverencia y se marcharon.

-¿Y bien?-preguntó César.

-¿A qué os referís?- preguntó Cneo.

-¿Has pensado ya en mi oferta?, la del senado.

-¡Ah, sí!. He decidido aceptarla.

-¡Estupendo!- Exclamó César.- claro que ahora tendré que buscar a otro general.

-En realidad, emperador-dijo Cneo- he traído conmigo a mi centurión para presentarte como nuevo candidato.

-¿Es eso cierto?- preguntó César dirigiendo una mirada inquisitiva a Glarius.

-Sí, así es.-contestó éste.

-Bueno, tendré que pensarlo.

-Si me permitís, emperador...-comenzó diciendo Cneo.

-Cneo, si vas a tratar de convencerme, -lo interrumpió César- te diré que si las cosas que me has contado de él son ciertas, tendrá muchas posibilidades de conseguir el ascenso. No obstante, -dijo de nuevo- antes debería hacer alguna prueba. No se... ya se me ocurrirá cuando todos los candidatos estén reunidos. Mientras tanto, permitidme ofreceros alojamiento en el palacio imperial.

-Aceptamos con mucho gusto -dijo Cneo-.

Si de por sí esta ciudad ya era bulliciosa, durante el mercado Roma era un hervidero de gente. Glarius se encontraba con César, quien le había hecho una serie de preguntas sobre la campaña en Egipto, en especial sobre la batalla de la llanura de Ozaar. “¿No debería preguntarle con preferencia al general Cneo antes que a mí?”, le había preguntado Glarius. César se había reído y había contestado: “Cneo ya no es el general y tú eres el más próximo que tengo en lo concerniente a esta conquista. Además, no olvides que fuiste tú quien lideraste la última batalla”.

En esos momentos se encontraban frente a un puesto de armas. Glarius examinaba un “pilum”, pero César parecía que le examinaba más a él que a la lanza de doble filo que sostenía entre sus manos.

César cambió su lanza por un hacha de guerra a dos manos y la miró con expresión nostálgica. Glarius se percató de ello y le preguntó:

-Emperador, ¿os ocurre algo?

César tardó en contestar.

-No es nada. Recordaba viejos tiempos, cuando era un bravo guerrero. Ocurrió durante la guerra de las Galias. Vercingétorix, ese era el nombre del general enemigo en una batalla en nuestro camino hacia Alesia.

-¿Qué ocurrió?

-Cuando el general de un galo muere, éste huye. Al menos, así fue mi experiencia durante la ya mencionada guerra. Se me ocurrió la *genial* idea de acabar yo sólo con Vercingétorix, así que espoleé a mi caballo y me dirigí hacia él. Lo primero que hizo fue eliminar a mi caballo durante mi carga. Me caí al suelo. Me levanté y desenvainé mi segunda espada, ya que la otra la había perdido durante la caída. Vercingétorix se acercó a mi corta hacha como ésta. Intenté estocarlo, pero él se me adelantó y rompió mi escudo, además de derribarme con un feroz golpe de su arma. Se dirigió rápidamente hacia mí y levantó su hacha con la intención de darme el golpe de gracia, pero un legionario se le adelantó y separó la cabeza de su cuerpo con un feroz corte de su espada.

-¿Conozco yo a ese soldado?

-Oh, sí. Era el general Cneo, un simple infante, por entonces.

Esta noticia sorprendió de veras a Glarius. ¡De modo que ese era el motivo por el que Cneo conocía a César!

-Aquél día aprendí algo muy importante, “un despiste y perdiste”. Desde entonces no he vuelto a hacerlo, a despistarme, quiero decir. Ten esto en cuenta, Glarius, ya que...

Lo que ocurrió a continuación fue muy rápido para Glarius. Un hombre se había aproximado corriendo hacia ellos, por detrás de César, quien le daba la espalda. Al principio Glarius había pensado que era un mensajero, pero de repente vio algo que brillaba debajo de la manga derecha del hombre. Movido por un instinto fortalecido por el campo de batalla, empujó a César y lo tiró al suelo, desenvainó su espada y estocó en el pecho al extraño. Justo a tiempo dijo Glarius, ya que el brazo derecho de aquel hombre, todavía rígido y extendido hacia delante, sostenía una daga situada en donde debía haber estado, hacía apenas dos segundos, la nuca de César. Glarius sacó la espada ensangrentada de la carne del extraño y la envainó, que se desplomó al suelo pavimentado, muerto.

-¡¿Dónde está la guardia cuando se la necesita?!- Gritó César, rojo de cólera y desconcertado por lo ocurrido. Entonces recordó que él mismo había insistido a los pretoriales que no le escoltaran en el mercado y decidió callar.

Glarius le había tendido la mano derecha. César se aferró a ella y se levantó.

-¿Os encontráis bien?

-Sí, sí. Gracias a ti, Glarius, aún puedo hablar y mantenerme en pie. Algo que no puedo decir este traidor.

-¡Los *idus di Martius*, Julio César, Los *idus di Martius*!- Gritó un anciano barbudo, saltando de una extraña alegría.

-¡Arrestadle!- Gritó César a unos miembros de la guardia que casualmente encontraban entre el corro de curiosos, quienes obedecieron.

Los *Idus di Martius*, se dijo Glarius. El quince de Marzo. ¿Qué quería decir el anciano?

-Perdonad mi impertinencia, emperador.-dijo- pero, ¿quién es ese anciano y qué quiere decir?

-Umm, no es más que un adivino, un loco, en mi opinión. Hace un mes me vaticinó que yo sería asesinado en los idus de este mes.

-Hoy estamos en las *calendas*, el primer día del mes. Eso nos deja quince días.

-No seas estúpido, Glarius. No creas todo lo que dice un simple adivino.

-Lo cierto es que yo no creo en nada de lo que digan. Pero esto... me huele a confabulación.

En ella estaba pensando ahora. En fin, tendré que tomar medidas. Umm... ¿

riéndose- parece que me he despistado por segunda vez y que lo que te he contado antes no l
servido más que para humillarme más. –un comentario bastante optimista del momento, pe
Glarius- Pero creo que ya he tomado una decisión.

-¿A qué os referís, emperador?

-Tú serás mi nuevo general de los ejércitos del sur.

La noche había llegado. Glarius había salido a dar un paseo para aclararse las ideas. É
general. El simple pensamiento le desconcertaba. Por un lado, era un cargo que le atraía. To
los ejércitos de Roma que se encontraran en Egipto estarían bajo sus órdenes. Esto mis
también lograba estremecerlo.

Se introdujo por un callejón oscuro. Sabía que no era seguro pero en esos momentos no
recapacitó en ello. De repente sus pensamientos se esfumaron. Había oído voces al final del
callejón. Con sumo cuidado se dirigió hacia allí. Escondido detrás de una roca, pudo disting
gracias a la luna, las siluetas de cinco hombres encapuchados.

-Todo es culpa de ese maldito centurión. Propongo que le matemos también a él- y
decir a uno.

-No.-dijo otro- no debe haber derramamiento de sangre inocente.

-¿Inocente? –dijo la primera voz- si no hubiera sido por él, César ya estaría en el Elis

-Él no tiene nada que ver con esto. -Dijo la segunda voz.- Además, desde el princ
sabíamos que nos encontraríamos con obstáculos en nuestro camino.

-Pero ahora César estará totalmente protegido y ojo avizor. La guardia pretoriana n
alejara ni dos pies de él. –dijo una tercera voz-.

-Entonces ya se nos ocurrirá otra cosa -dijo la primera voz-. Pero pase lo que pase
tirano debe morir.

De repente Glarius tropezó con una piedra. Las cinco siluetas miraron hacia dond
estaba, y al verle huyeron. Debo informar de esto a César, se dijo.

-¡¿Una confabulación?!- dijo César, aterrado. No estarás mintiéndome.

Glarius se sintió ofendido.

-No, señor. Ya visteis lo que pasó ayer en el mercado. Mi sugerencia es que toméis ciertas
medidas de precaución. No importa lo exageradas que sean.

-Mm. Si lo que dices es cierto, Glarius, no me queda otro remedio que hacerte caso.

La puerta de la sala del trono se abrió. Entró Bruto, el hijo adoptivo de César.

-¡Ave imperator! –Exclamó con el tradicional saludo.

-Ave, Bruto.-Saludó César.

-Glarius –dijo a éste, tendiéndole la mano.

-Bruto –saludó Glarius, al tiempo que se daban las muñecas.

-Vengo para intentar convencerlos de nuevo- dijo a César.

-Creí que todo había quedado claro.

-En realidad, nos dejasteis con las palabras en la boca, como quien dice.

-Escuchad, -interrumpió Glarius- me estoy dando cuenta de que creo que
conversación me sobrepasa. Será mejor que me vaya.

-Como quieras, dijo César.

Glarius salió de la estancia. Estaba en el primer pasillo cuando, de repente, algo le v
a la mente. No sabía por qué, pero la voz de Bruto le era extrañamente familiar.

-Así que César te ha nombrado jefe de su guardia- dijo Cneo.

-Si, así es; lo hizo ayer mismo. El cargo durará hasta que vuelva a Egipto, vamos tres meses.

Hacía tres días desde las *calendas*, primer día del mes, en el que había sucedido un intento de asesinato contra César en el mercado. Glarius se había acercado a la casa solariega del ahora senador Cneo. Parecía llevarse bastante bien con el resto de los senadores, aunque el centurión estaba seguro de que solo mostraban esa simpatía por aparentar. No solo con Cneo sino entre todos.

-Te noto preocupado, Glarius.

-Bueno, veréis.-ya no tenía motivos para hablarle como a un superior, pero era mi costumbre- Es lo que dijo el anciano adivino, el que está prisionero en las mazmorras.

-¿Los Idus?

-Si. Quedan doce días.

-Por favor, Glarius, no me digas que crees en esas tonterías.

-No he dicho eso. Además, la mayoría de la gente cree.

-Eso es porque no han visto lo que tú y que yo en el campo de batalla. Pero el caso es la única manera, creo yo, de que fuera verdad, sería que el adivino lo asesinara.

-Él está preso.

-Ahí es adonde quiero llegar. No podría, suponiendo que sea él el asesino, claro.

-No lo entendéis. El adivino insiste en los Idus.

-Será para desalentar el corazón de César.

-No lo sé.-dijo Glarius con un suspiro.- Supongo que tenéis razón. Pero hay una cosa que no podréis negar. Yo mismo soy testigo de ello.

-¿Qué?

-Que hay una conspiración.

Al fin eran los Idus. Glarius había estado de guardia todo el día. César también había estado ojo avizor, por si las moscas. Aquél día había reunión del senado. Una serie de cuestiones sobre una peste que se estaba extendiendo por el barrio pobre y un juicio a unos patricios acusados de alta traición a Roma, entre otras cosas. En esos momentos, hacia mediodía, Glarius se dirigía a las mazmorras escoltando junto a la guardia pretoriana a César. No sabía muy bien a qué iban, pero Glarius se temía lo peor.

En efecto, se dirigieron a la celda del adivino. No estaba encadenado, pero estaba demacrado.

-Hola anciano.-Saludó César.

-Ave, César.-Respondió irónicamente el adivino.

-Como ves, son los Idus, y aún estoy de una pieza.

El anciano rió maliciosamente.

-Aún queda mucho día, emperador.

César se enserió. Dio media vuelta, y se dispuso a marcharse.

-Rumidio, déjale libre. —dijo César al carcelero después de detenerse.

-Si me permitís una sugerencia, emperador, os aconsejo que... —comenzó diciendo Glarius, alarmado.

-Ahora no, Glarius. –lo interrumpió César a la vez que hacía un ademán con la mano
-Que Júpiter nos ayude hoy.-Se dijo Glarius a sí mismo, preocupado.

El senado se reunía en *la Curia*. Un lugar construido especialmente para ello.

Glarius acompañaría a César durante la reunión. No creía que pasaría nada, pero durante ese día no había quitado el ojo de encima del cónsul.

Habían llegado. Entraron. Glarius contempló las numerosas estatuas erigidas en honor de dioses y héroes romanos. A la reunión asistirían también Bruto, el sobrino de César, Marco Antonio y otros hombres que tampoco eran senadores, entre ellos reconoció a uno: El general Casio, bajo cuyas órdenes ya había luchado.

Un senador entregó a César un pergamino enrollado.

-Bah,-dijo César, guardando el mensaje en su bolsillo- súplicas del populacho.

Glarius no prestó mucha atención.

Los asistentes fueron tomando sus asientos. Glarius no se sentó junto a César, espere con la guardia en un rincón. Después de todo, ¿qué mal podía ocurrir en la Curia?

-Como primer orden del día, -Comenzó Caledonio, primer senador y por tanto, elegido por el pueblo, no por César.- imagino que el primer cónsul ya habrá dirigido un vistazo al mensaje que yo mismo he ordenado entregarle.

-Precisamente, Caledonio, -Comenzó diciendo César- tengo cosas más preocupantes que las que ocuparme hoy que el populacho de Roma, no obstante lo miraré.

-No hace falta, Julio. –Replicó el senador con expresión irónica- En realidad, vuestra respuesta ha solucionado la mayor de nuestras dudas.

Muchas personas, senadores y no senadores, comenzaron a levantarse y se dirigieron a donde César, quien no se inmutó.

-¿Cuál es esa duda? –Preguntó éste, intrigado por lo que Caledonio acababa de decir

-No creo que vos estéis enterado.

César se levantó repentinamente. Lo mismo hizo Glarius, quien se temía lo mismo que César.

-¿Qué acabas de decir?

Las personas que antes se habían levantado rodeaban a César. Uno de ellos gritó:

-¡Muerte al tirano!

Todos los levantados sacaron dagas de sus mangas y las fueron a ensartar en César, quien, con algunas heridas, comenzó a huir.

Glarius corrió para salvarle, pero le cerraron el paso y le retuvieron.

Al final César fue rodeado, y acuchillado. César puso resistencia, pero entonces vio a quienes lideraban la conspiración. Uno de ellos era el general Casio, y otro... ¡Era su sobrino Bruto!

Glarius comprendió entonces que la voz que le había estado defendiendo durante la noche de hace tres días pertenecía a Bruto, y también por qué sus palabras le resultaban tan conocidas.

-¡Tú también, hijo mío! –gritó César, quien había dejado de poner resistencia.

La multitud se disipó cuando César hubo muerto. Había perecido junto a la estatua de Pompeyo, la cuál él mismo había ordenado esculpir. Sólo Glarius y Marco Antonio, que también había acudido a ayudar a César y a quien también habían retenido, se aproximaron al cuerpo.

-Así que súplicas del populacho –dijo Marco Antonio, quien había recogido el pergamino.

-¿Qué queréis decir?

-Compruébalo por ti mismo.

Glarius recogió el mensaje y lo leyó. Era una denuncia detallada.

-¿Por qué crees que lo habrán asesinado?

-Tú has conocido una de las caras de Julio César. La otra era muy diferente. ¿Que quiero decir?, -preguntó Marco Antonio, leyendo en los pensamientos de Glarius- muy sencillo. Para unos César era un gobernante justo. Para otros era un odioso tirano, como es el caso del senado, quien no quería que Roma se convirtiese en un imperio. Al menos, eso es lo que creía. Glarius asintió.

-¿Así que César fue asesinado hace una semana?- Preguntó Cneo.

-No solo eso. La campaña de Egipto ha sido eliminada.

-¿En serio?

-Sí. Y ahora, ¿qué puedo hacer?, quiero decir, no tengo trabajo.

-Búscalo.

-No me queda más remedio que hacerlo. ¿Pero en qué?. Sólo sirvo para el ejército que como guardaespaldas no valgo nada.

-Octavio podría concederte un buen puesto en su ejército, como centurión, además.

-¿Quién?

-Un sobrino de César. Su heredero. Debía ser Marco Antonio, pero César eligió a su nieto de su hermana. Resulta que ha estallado una guerra entre los dos aspirantes. Octavio tuvo en gran estima a César. Si éste te eligió a ti como general, es posible que el aspirante te nombre centurión de su ejército en la lucha contra Marco Antonio, quien se ha aliado con los egipcios.

-Es posible. ¿Cuándo partirá el ejército de Octavio?

-En unas dos semanas.

-¿Dónde podría encontrarle?

-En el palacio imperial, ¿dónde si no?

-Iré a verle ahora mismo.

-Más te vale que acabes antes la cerveza que te he servido.

Glarius sonrió, agradecido. Después de todo, Júpiter le había asistido.

Rubén Hernández Soto